



do en su religion y renaciendo en las aguas del Bautismo, crecian sus reconocimientos al paso que expeperimentaban sus dichas. Y como eran tan ordinarias vino à echar la memoria raices en su agradecimiento, que es el retorno que rinde el pobre cuando carece de bienes para rendirlos como lo siente San Crisóstomo en la misma conjetura. *Nos quoque a pauperibus nihil aliud requirimus quam laudem et gratum animun et accepti memorem beneficit.*

Esta memoria seguia los pasos del tiempo, y porque sus descuidos no la borrasen, determinaron los tarascos levantar estatua á nuestro fundador, para que siempre estuviese recordando á los venideros los beneficios recibidos. Estilo (aunque Egipcio) observante, pues con el mismo fin levantaron aquel insigne templo de Serapis en Alejandria, vinculando en él la memoria del agradecimiento al Patriarca José, por la provision del trigo, colocando en la cabeza de de la imagen, la medida del medio celemin. Y aun los hebreos hicieran lo mismo, consagrando sobre el sepulcro de Josué una imágen del Sol, en memoria de aquel milagro, para que en los futuros siglos supliese la estatua el oficio de la engua; y la memoria con silencio mudo estuviese representando los beneficios con que la

supieron obligar. Esto mismo hicieron los tarascos en el pueblo de Uruapan á su José, pues los proveyó no de trigo, sino de pan, en la doctrina y en el Sacramento. Y á su Gedeon, pues como su caudillo y capitan hizo que antes que el sol se les pusiese en la muerte de la ignorancia, se les parase en medio del cielo de su iglesia y á su luz venciesen á su comun enemigo. A este pues le levantaron estatua, labrando una piedra de su misma estatura y rostro, retratándole con primor, y la erigieron en el frontispicio del hospital, en memoria de su fundacion, fábrica de la iglesia y demas obras, para que allí fuese perpetuo padron de su obligacion y memorial eterno de su agradecimiento. La cual se colocó despues de muerto, porque vivo su humildad no sufriera la vanidad de Absalon y de Sobna, prefecto del templo, á quienes á uno su curiosidad y á otro el profeta Isaías, reprendieran por mandar ellos mismos labrar sobre sus sepulcros columnas y pirámides, sin acordarse que era solemnidad á un monton de huesos y que el alma pasaba de largo. Pero nuestro apóstol no cuidó jamas de pompas funerales, sino que sus merecimientos se las levantaron, consagrándolas á la prosperidad en que la memoria tenga los últimos lauros del agradecimiento. Y

así vá corriendo y confesando hoy por padre y restaurador de los indios á este siervo de Dios en la estatua de piedra, la cual tienen en tanta veneracion que temerosos de que otros pueblos que fundó no la hurtasen, la tapiaron á cal y piedra en el mismo nicho. Y aconteció que algunos años despues cayó un rayo en el mismo hospital y matò treinta y tres personas; asombrados los indios del estrago levantaron las voces diciendo que aquel era castigo del cielo porque tenian la estatua de su padre cubierta. Y así luego la descubrieron y la tienen hoy con la veneracion que merecen sus obras y la velan con sumo cuidado por no verse en el peligro que les representan sus sospechas, cumpliendo con las memorias del agradecimiento que dijo San Crisóstomo.

CAPITULO XXVII.

CÓMO ESTE SIERVO DE DIOS FUNDÓ LOS HOSPITALES DE LA PROVINCIA, Y DE SU DICHOSA MUERTE.

Fundados los pueblos y conventos, vivian ya los indios con la bonanza que goza el que despues de una larga noche ve asomar el dia, y así esta tranquilidad conmovia aun á los que estaban en los montes á que bajasen y se acercasen con los pobladores en que veian el orden y concierto que jamás tuvieron: y como eran muchos, venian muchos enfermos que infestando á los demas se levantaban grandes pestes. Y así dando socorro al daño presente, previniendo recurso al futuro, acordó este siervo de Dios de

hacer en todos los pueblos hospitales junto á los mismos conventos, para que así el extranjero como el morador tuviesen recurso en sus enfermedades.

Quien hubiere visto y experimentado la pobreza de los indios y la cortedad de sus ánimos, echará de ver el fondo de este acuerdo y el empleo más sazonado que pudo hallar la caridad, para ejercitarse en el más grato servicio á Dios que pudo conseguir en tan milagrosa conversión para que los enfermos sanasen, los sanos les sirviesen y los demás se admirasen. El orden que tuvo el siervo de Dios fué edificar una iglesia ó capilla, capaz para administrar los sacramentos y después unos salones muy grandes, con sus patios y cocinas, ordenando que cada semana fuesen entrando por sus hebdómadas, los oficiales, así varones como mujeres, ocupándose cada uno en su ministerio. En llegando la enfermedad á su declinación, se confesaba al enfermo y en la iglesia del mismo hospital, se le daba la comunión juntamente con la extremaunción, con la decencia que en su parroquial iglesia. Ordenó ni más ni menos que todos los semaneros á prima noche se juntasen en la iglesia, y partiéndose á coros, las mujeres en uno y los varones en otro, cantasen la doctrina en el tono que la Igle-

sia canta sus himnos y lo mismo al amanecer añadiendo el himno, de *Ave maris stella*, y *Pange lingua* dando las alboradas con los gozos que repiten sus palabras. Concluida la doctrina salían de la iglesia y se iban cada uno á su oficio. Instituyó que los sábados se hiciese procesión á la Virgen de la Concepción, llevándola en hombros cuatro indias de las más principales con sus guirnaldas ó coronas á la iglesia, principal y se le cantase su misa solemnisima, adornando la iglesia de mucha juncia y flores, como si cada sábado fuera la fiesta titular. Acabada la misa se vuela la Virgen al hospital con el mismo orden.

Y porque costumbre tan loable y negocio de tanta importancia no se desflaqueciera con el tiempo, fundó á cada hospital su renta, para que de ella se curasen los enfermos, y se reparasen las quiebras de la fabrica. Y para que las rentas tuviesen mejor asiento, juntó todas las comunidades y dispuso que de los propios se hiciesen sementeras de todas semillas, trigo, maíz y otras, y que cogidas, el pueblo las vendiese, para medicinas, ropa y sustento del hospital; en otras fundó la renta en ganados, conforme al trato del pueblo. Y así dió punto fijo á la fundación de los hospitales, que siendo más de

veinte, se han conservado hasta hoy, combatidos de tantas pestes, como en aquella grande del año de 577 en que murió la mayor parte de los indios, hubo algunos hospitales que administraron más de cuatrocientos enfermos y á todos acudian, sin faltar lo necerario; y lo mismo hicieron en la segunda y en la tercera, que fueron los que asolaron la España, sin otras que ha habido hasta el año de 635 que son las que han dejado á los indios en tan corto número, que lo que entonces era ciudad es hoy todo el reino de Michoacan. A todo acudian las rentas y el modo de administrarlas, sin que faltasen hasta hoy, cuyo ejemplar siguieron todos los ministros que despues fueron entrando. Y el primero que le imitó fué el Ilmo. D. Vasco de Quiroga, primer Obispo de esta iglesia, fundando aquel grande hospital de Pázcuaru, á quien dió el titulo de la Concepcion, alcanzando para él grandes jubileos é indulgencias y juntamente cédula de su Majestad en que reserva á los indios é indias que sirven en él, del servicio personal. Valiéndose el uno y otro fundador de las conseciones del Emmo. Sr. D. Juan de Poggio, Cardenal de Santa Anastasia, Legado á Latere de la Santidad de Julio III en cuya virtud se fundaron todos los hospitales

de la Nueva España: *Præterea hospitalibus pauperum infirmorum in dicta Nova Hispania existentibus, ut omnibus et singulis prævi-legiis prærogativis et favoribus Hospitali Conceptionis B. Mariæ de Mexico quomodolibet concessis et quibus Hospitale ipsum gaudet et gaudere potest uti potire et gaudere libere et licite valeant et perpetuo concedimus.*

Hecho y concluso el político y espiritual gobierno, estaban ya los merecimientos de este apostólico varon aclamándole la corona, que tan justamente merecia, y Dios (á quien toca el galardón de los que le sirven) deseoso de concedersela: y así fué servido llegase la muerte en el pueblo de Uruápan, á premiarle lo que habia trabajado, y murió cercado y rodeado de sus hijos, dejándoles entre las lágrimas las esperanzas de su gozo, para temprarles el dolor. Está enterrado al lado del Evangelio.



CAPITULO XXVIII.

DE LA VIDA DEL VENERABLE PADRE,  
FR. JACOBO DACIANO. (1)

Fué este venerable padre natural de Dania y tan ilustre en la sangre, que era muy cercano deudo de los reyes de Dacia, y empleando los pueriles años en la educacion y doctrina, salió tan insigne en ella, como se esperaba de su natural. Tomó el hábito de Ntro. P. San Francisco en la provincia de Dacia, tan religiosa, docta

[1] Torquemada, 3.ª parte fol. 696.

Daza, Lib. 1, foll. 7.

Gonzaga, 4.ª parte foll. 1286.

y grave entónces como lo refieren hoy sus memorias que son los despojos que nos dejaron los golpes de Lutero. Despues de profeso estudió artes y teología y las lenguas hebrea y griega, y salió tan consumado en todo, que fué el oráculo de aquel reino. En este tiempo corria ya la secta de Lutero, apoyando vil y licenciosamente la libertad de conciencia. Y á los primeros encuentros topó con las rëplicas de nuestro Jacobo, refutando sus errores; pero aunque vencido él y sus secuaces, no desistieron de su herética pravedad. Prosiguiendo, pues, nuestra historia, fué Jacobo en todos los actos de la religion consumadísimo religioso, con que llegó á ser tan santo como docto: en quien se veia que la santidad competia con las letras en tan igual correspondencia, que jamás se declararon por verse en tan igual empleo.

Particularmente se esmeró en la humildad, oponiéndose religioso á lo altivo que consigo trae la púrpura y diadema; atendiendo siempre à la sentencia de San Ambrosio. Que la perfecta grandeza es entender su pequeñez; con esta contemplacion aseguró el curso de las demas virtudes, como finca de todas ellas. Fué muy benigno y afable, con que se llevaba los corazones más uraños y caribes à la dulzura de sus

palabras, mostrando entre lo sereno del rostro, lo tierno y atractivo del alma, y así hizo mucho fruto con su doctrina y ejemplo, así en las indias como en su propio reino; cuando se relajó con Lutero, pues muchos así seculares como religiosos, se dejaron llevar del error à no detenerlos el espíritu soberano de este venerable padre. Y donde más trabajó fué con los religiosos, porque el golpe heria en ellos como el rayo en la roca, haciendo mayor destrozo. Pero como la presencia del sol ahuyenta las tempestades, así ahuyentó Jacobo las de la heregía y preservó à sus hijos con el escudo de sus letras, siendo el preservativo del veneno, luz de aquellas tinieblas y padre de aquella provincia, así en defenderla, como en enseñarla letras, virtud y contemplacion en que fué tan consumado que tuvo raptos, arrobos y revelaciones como vemos en su lugar.

## CAPITULO XXIX.

CÓMO EL VENERABLE JACOBO  
FUÉ ELECTO PROVINCIAL DE DACIA Y DE LO QUE LE  
SUCEDIÓ CON UN OBISPO TOCADO DE LA HEREGÍA.

Obligada la Provincia daciana de los merecimientos del Venerable Jacobo é impelida de sus muchas letras, viéndose ya con el agua à la boca le eligió en su provincial; librando la religion en sus aciertos, los reparos de aquella iglesia, porque los balances que daba amenazaba llevarse tras sí la barquilla seráfica. Y para que à su sombra se amparasen y con su valor se resistiesen, le dieron todos la obediencia, con el aplauso que merecian tan sobrados merecimientos.

Siendo Provincial, un Obispo, tocado de la lepra y dañado de los sofismas de Lutero, hereje en vida y demonio en muerte, procuró con mucha instancia reducir al Venerable Jacobo, al error de su secta, pareciéndole que herido el el pastor, era consecuente el desperdicio en las ovejas, particularmente en los religiosos, que como espejos del pueblo, se llevarian consigo à los demas. Y el hacer esta instancia era por verle prelado, para que manchada la cabeza, cundiese por todo el cuerpo la mancha. Pero el Venerable Jacobo á todo resistia refutando sus errores y alumbrando á toda su Provincia, procurando su consistencia para que el pueblo no prevaricase. Viendo pues el hereje Obispo que sus razones embotaban el filo en la resignacion de Jacobo, remitió á las manos lo que no podian ellas, determinò quitarle la vida. Estando un dia el Venerable Provincial tratando con el Obispo de la reparacion del pueblo, viéndole tan constante en la fé y que su santidad se le asomaba al rostro, á reprobable su determinacion, ciego de cólera volvió el rostro y mando á sus criados, con la cautela que se requeria en la presencia de Abel, que le matasen al salir de susala, lo cual dijo en lengua italiana, que era la que no entendia Jacobo. El compañero que

llevaba era un lego muy entendido en ella, y despidiéndose el Provincial del Obispo, lleno de temores le detuvo el lego diciendo, deténgase, padre, que ha mandado el Obispo que le maten al salir de aquí. A lo cual respondió Jacobo (¡oh secretos inescrutables!): no es llegada la hora de Dios, que más trabajos he de padecer que estos, porque es voluntad suya que pase por estos trances, quien ha de convertir tantas almas y ser luz de un mundo. (Profecia con que entonces aseguró la gloria de Michoacan). Salió Jacobo de la sala del Obispo, y rompiendo por medio de los ninistros fué como el toro, que libre y denodado parte la gente y sacude la coyunda del cuello, enfrenando su atrevimiento con el furor con que triunfa de la muerte. Quedaron todos asombrados, sin saber cómo les faltó valor para ejecutar la rabia del Obispo y mirándose unos á otros entre los temores del hereje, confesaban la santidad de Jacobo, por más valiente que su atrevimiento, pues pasa por medio de ellos sin que ninguno le acometa, y sin correr ni volar se escapó de las uñas del milano.